

"JOTABECHE"

EL diario "Atacama" desea, desde su primer número, re-

dir un homenaje de gratitud a aquellos hijos ilustres de Copiapó que a través de diversas actividades lucharon por el progreso regional.

Y nada más justo que iniciar esta reseña de copiapinos ilustres con don José Joaquín Vallejo Borkoski, calificado por Sarmiento como "el rival más formidable que se alzó en la prensa chilena". Un doble homenaje del prócer argentino, quien sufrió en carne propia la incisiva ironía del más temido y polémico de los periodistas nacionales.

En la producción intelectual de Vallejo pueden apreciarse dos facetas totalmente diferentes. El periodista político, especialmente en su primera época, no respeta rangos ni linajes; su polémica muchas veces se transforma en despiadada sátira o en vituperios que caen como chaparrón sobre la ca-

beza de su desventurado adversario.

Pero los años y la desilusión que sufre en su paso por la política nacional, temperan su pluma y aquietan su ánimo. Es entonces cuando comienza a escribir en la prensa nacional sus crónicas "costumbristas" donde describe con no igualada maestría la época en que le tocó vivir y, en especial, las actividades sociales y mineras de Copiapó, que gracias al descubrimiento de Chañarillo se había convertido en una especie de "El Dorado" donde junto a arriesgados aventureros que ganaron fortunas para perderlas en una mesa de juego o en derroches increíbles, existieron numerosos visionarios que aprovecharon el auge de la minería atacameña para crear imperios industriales y comerciales a lo largo del territorio nacional.

Esa increíble transición que experimentó Copiapó, que de pequeño pueblo se convirtió en una ciudad fastuosa, hasta donde llegaban las mejores compañías líricas y teatrales del mundo, la pudo conocer muy de cerca don José Joaquín Vallejo.

Nacido en Copiapó el 19 de agosto de 1811, el futuro escritor vivió las estrecheces económicas de un hogar en que el padre, que tenía un taller de platería, a duras penas alcanzaba a costear los gastos más indispensables. Esta situación se agravó cuando el niño aun no cumplía los 10

años de edad; el terremoto que devastó a Copiapó en abril de 1919, provocó también el colapso económico de muchos de sus habitantes. José Joaquín fue enviado a casa de un tío, a La Serena, donde siguió sus estudios en el Liceo de esa ciudad. Suprimido este establecimiento, el Gobierno de la época le otorgó una beca para que continuara sus estudios en la capital.

plamente las puertas a al Banco Central, al señor Mante Moya y Luis Iavin e lema: Participación de res, que viven en 8.539.

Las limitaciones económicas de su familia le impidieron seguir estudios de abogacía, por lo que debió de emplearse como dependiente en una tienda hasta que en 1835, cuando aún no cumplía los veinticuatro años, logró ingresar a la Administración Pública como secretario de la Intendencia de Maule.

Poco duró su primer empleo. El Intendente de Maule, don Domingo Urrutia, quiso aprovechar el carácter despierto de su secretario y lo interesó en sus actividades comerciales en la ciudad de Cauquenes. Tampoco sería muy prolongada esta actividad; las disputas con el señor Urrutia, que deben haber sido bastante ardorosas ya que don Domingo, destacado guerrero de la Independencia, tenía un temperamento bastante desasosado en lo que no le iba a la saga su flamante socio.

Y como la saga se corta por lo más delgado, Valle-

jo fue a parar a la cárcel cauquenina. No serían muy graves los cargos, ya que logró huir de la prisión y trasladarse a la capital sin ser molestado.

Algo positivo quedó durante la desastrosa permanencia en Cauquenes. Fue en esta ciudad donde José Joaquín Vallejo inició su carrera de escritor.

A su arribo a Santiago, en 1840, Vallejo comienza a escribir en el periódico "La Guerra a la Tiranía", que apreciaba la candidatura presidencial de don Joaquín Tocornal. Es el período más violento del periodista copiapino. Los ataques son tan enconados y personales, que lejos de dañar a sus adversarios, terminan por perjudicar a su propio abanderado quien fracasa rotundamente en sus pretensiones de llegar a la presidencia.

La derrota de Tocornal y los numerosos enemigos que se creó durante la campaña, hicieron que Vallejo buscara nuevos horizontes en su tierra natal hasta donde llega a fines de 1841 a ejercer la profesión de abogado, sin tener más título que su propio genio e ingenio. Y lo hace tan bien, con tanta probidad y diligencia, que en poco tiempo logra formarse una sólida situación económica. Adquiere títulos mineros en una época en que la minería está en pleno auge y muy pronto el antiguo dependiente de tienda se transforma en un próspero hombre de negocios.

Su pluma también cambia con la prosperidad. El corrosivo periodista, a quien no le importaba la honra ajena en el ardor de la polémica, da paso al insuperable cronista, cuyos artículos sobre la vida provinciana y en especial sobre los sucesos copiapinos, constituyen verdaderas obras maestras en su género.

Es en esa época cuando comienza a usar el seudónimo "Jotabeche" en homenaje a un escritor argentino radicado en Copiapó, Juan Bautista Chenu, de quien Vallejo fuera gran amigo y admirador.

En 1842 "Jotabeche" se traslada a la capital, donde trabaja como redactor de "El Mercurio" y de "El Semanario de Santiago", desde donde lanza terribles y burlescos ataques en contra del grupo de intelectuales argentinos que, encabezados por Sarmiento, acudieron a los escritores chilenos de estar estancados en el clasismo de Bello. "Jotabeche" abandona la medida de sus crónicas costumbristas para mostrarle que él, por lo menos a pesar de haber sido alumno del gran sabio cauqueño, está muy lejos de imitar su estilo.

En 1845 Vallejo abandona su espectable posición en el periodismo capitalino para retornar a su ciudad natal, donde funda "El Copiapino", periódico donde hasta 1857 se publicarían sus últimos artículos costumbristas.

La fama llevará a "Jota-

beche" al Parlamento hasta donde llega en 1849 como diputado por Huasco. Contra todo lo que suponía de un brillante escritor y polemista, su actuación parlamentaria fue tan opaca, que el mismo Vallejo, descoronado, no volvió al Congreso a pesar de haber sido reelecto por Cauquenes.

Es así como el desengaño parlamentario prefirió aceptar la designación de Encargado de Negocios en Bolivia, para regresar a los cuatro meses también desengañado de la diplomacia, radicándose definitivamente en Copiapó, donde en compañía de su esposa y sobrina, doña Zoila Vallejo, se dedica a sus actividades mineras e industriales, que le permiten vivir tranquilamente sus últimos años.

El 27 de septiembre de 1858, ya viudo y sin hijos, fallece el gran escritor en un fundo que poseía en la vecina localidad de Totoralillo.

Sus restos descansan en el Cementerio de Copiapó, en una abandonada tumba que no constituye, justamente, una muestra de agradecimiento hacia quien fuera el más brillante de los escritores atacameños.

El diario "ATACAMA" que desea recordar a los hombres que hicieron grande a esta tierra copiapina, irá reproduciendo artículos costumbristas de "Jotabeche" en los que pinta, con magistrales trazos un pasado que nos parece legendario.